



La caja de alegría

FEDERICO GARCÍA LORCA
EN LA HUERTA DE SAN VICENTE

Jesús Ortega



Jesús Ortega

La caja de alegría

FEDERICO GARCÍA LORCA
EN LA HUERTA DE SAN VICENTE



EDITORIAL COMARES

Granada 2020

Fotografía de cubierta:
Federico García Lorca y Miguel Pizarro, 1934
© Archivo Fundación Federico García Lorca - Centro Federico García Lorca

Diseño editorial:
Virginia Vílchez Lomas

© Jesús Ortega

© Editorial Comares, S.L.
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libriariacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-015-5 • Depósito Legal: Gr. 827/2020

Fotocomposición, impresión y encuadernación: EDITORIAL COMARES, S.L.

A mis compañeros de la Huerta de San Vicente
y del Centro Federico García Lorca

Mi corazón busca un huerto

Federico García Lorca

La casa es un cuerpo de imágenes que dan al hombre razones o ilusiones de estabilidad

Gaston Bachelard

Sumario

Prólogo a una fascinación.....	XI
El fotógrafo de la familia.....	1
Los García Lorca se compran una casa de campo.....	7
Tamarit y las señas más bonitas del mundo.....	15
¿Jaragüit o Arabial?.....	17
Las huertas.....	21
La contemplación del paisaje.....	23
Los dos periodos de la Huerta.....	27
Vida cotidiana y espacios de atracción de las fotografías.....	33
Inolvidable verano del 34.....	41
Eduardo Blanco Amor.....	45
El piano.....	55
La Huerta, refugio para la escritura.....	57
Todo lo que Lorca escribió.....	61
1926. Se abre la caja de alegría.....	65
1927. Poemas dibujados.....	69
1928. No es surrealismo, ¡ojo!.....	73
1930. Daría algo por leértelo.....	77
1931. Medio pan y un libro.....	79
1932. Traigo un dramón.....	81
1933. El verano de <i>Yerma</i>	83
1934. Algún rincón verde y tranquilo.....	85
1935. Brillos de tinta nueva.....	89

1936. Fantasmas	91
Los años del luto	93
Tiempo de silencio.	99
Aparecen los Correal Delgado.	107
El investigador <i>amateur</i> Agustín Penón.	111
Comiendo fruta con los Guerrero Salinas.	113
El Camino de Ronda y la modificación del paisaje	119
El inicio del regreso.	121
Museización y tractores	123
La Huerta amenazada	131
Las visitas de Rafael Alberti.	135
Una oportunidad perdida.	139
Ultraje y apoteosis de la autovía de circunvalación	141
El parque del delito	147
Hacia la inauguración de la casa-museo	153
<i>Everstill</i> . De la casa-museo a la casa como obra de arte.	157
Procedencia de las fotografías	163
Notas	165
Bibliografía	179

Prólogo a una fascinación

A lo largo del mes de julio de 2008 paseé a menudo por las habitaciones vacías de la Huerta de San Vicente. Nunca he creído en espíritus, pero durante aquellos paseos me parecía que la casa desnuda vibraba de sentido. Entendí que la ausencia puede ser una forma elocuente de la presencia y quise escribir un libro que narrase la historia completa de la casa, desde sus inicios hasta aquel extraordinario momento. Para escándalo de biempensantes, que no entendían la profanación a que el cineasta Pere Portabella la había sometido, durante esas cuatro semanas la Huerta de San Vicente permaneció gloriosamente despojada de sus fetiches. Algunos sufrieron la decepción de no tener nada que fotografiar. Portabella había logrado convencer a los gestores de la casa-museo de que, contando con los correspondientes permisos y autorizaciones, todos los muebles, objetos, enseres y pinturas que poblaban sus estancias fuesen embalados, retirados y acumulados en un guardamuebles. Filmó el *desabucio* con toda la intención, minuciosamente, aunque a última hora cambiase el título del cortometraje por el mucho más neutro de *Mudanza*. Todo el proceso me pareció iluminador. El hogar del poeta se había convertido en una obra de arte conceptual. La audacia de Portabella no debería poder repetirse, para que aquel instante resplandezca siempre como algo único.

Todos los lugares producen memoria privada, pero muy pocos logran permanecer en la memoria colectiva. La Huerta de San Vicente es uno de estos lugares: su destino fue marcado por una relación imborrable con la vida, la obra y, sobre todo, la muerte de Federico García Lorca. En aquella

casa de campo de paredes encaladas el poeta escribió, comió exquisita fruta y jugó como un niño. Allí le sorprendió el estallido de la guerra civil y allí vivió sus penúltimos días antes de ser asesinado.

Este libro, surgido de los textos del catálogo de la exposición *Álbum. Una historia visual de la Huerta de San Vicente* (2015), trata de abordar por primera vez una historia de la Huerta en su dimensión de espacio y de paisaje, desde el periodo en que fue residencia de verano de la familia García Lorca hasta hoy. Digo «una» porque asumo que puede haber otras, y digo «historia» porque los distintos significados del término me permiten asumir tanto las pretensiones de *registro* del discurso histórico como las ambigüedades que subyacen en toda *narración*, es decir, en toda *historia contada*. Prefiero creer que he escrito la biografía del lugar que el poeta llamó una vez su *caja de alegría*.

Mi relato da comienzo con la cotidianidad familiar de quienes habitaron una casa de campo de la Vega de Granada en los años veinte y treinta del siglo pasado y llega a su fin con la transformación de la Huerta en lugar de memoria y en patrimonio cultural. Al adentrarme en mi investigación me fui dando cuenta de todo lo que este espacio ha sido: retiro de placer, lugar de encuentro y celebración familiar, refugio-taller donde se dieron las mejores condiciones para la escritura lorquiana, paraíso infantil de juegos veraniegos, testigo mudo de los crímenes de la guerra civil, arquitectura poblada de exilios interiores, ausencias y silencios, lugar de memoria, santuario, destino de peregrinaje cultural, escenario de polémicas cívicas y políticas, emblema de la lucha entre el desarrollo urbanístico y la conservación del paisaje y el medio rural, museo, centro de actividades culturales, incluso obra de arte. Todas esas *huertas* de San Vicente quiero pensar que están aquí.

Había, sin embargo, muchas zonas de sombra por explorar. ¿Cómo medir la exacta importancia de la Huerta de San Vicente en tanto que refugio necesario para la escritura lorquiana? ¿Qué obras se escribieron realmente en ella y cuándo? ¿Cómo era la vida cotidiana de los García Lorca durante aquellos veranos? ¿Qué sucedió con la familia desde el asesinato de Federico hasta 1939? ¿En qué clase de silencio se abismó la casa durante los primeros años del franquismo? ¿Quiénes eran y cómo vivían los guardeses, las sucesivas familias contratadas para cuidar de la Huerta, valiosos deposti-

tarios de una memoria afectiva que tenemos el deber de atender? ¿Cómo se salvó la Huerta milagrosamente de la destrucción y cuáles fueron los pasos de su transformación en lugar de memoria? A lo largo de mi búsqueda fui adentrándome en la fascinación que me producía investigar un espacio y un paisaje únicos. Me gustaría ser capaz de transmitir a los lectores algo de esta fascinación.

Lo que se sabía sobre la Huerta de San Vicente fue conquistándose de manera episódica, por oleadas, con largos periodos de inacción. Yo diría que hubo dos fases en su desarrollo. La primera, que llamaré *biográfica*, estuvo marcada por los silencios y las imposibilidades a que durante décadas obligó la dictadura franquista, y se articuló fundamentalmente en torno a las investigaciones sobre la vida y el asesinato de Federico García Lorca. Me refiero a los textos ya clásicos de los hispanistas, escritores y estudiosos Gerald Brenan (1950), Claude Couffon (1951 y 1964), Marcelle Auclair (1968), Ian Gibson (1971 y 1979), Marie Laffranque (1973), Eduardo Castro (1975), José Luis Vila-San-Juan (1975), Eduardo Molina Fajardo (1983) y, de nuevo, Ian Gibson (1985-87), entre otros (las investigaciones de Agustín Penón forman un capítulo aparte, pues aunque fueron plasmadas por escrito en 1955-56, no vieron la luz en su integridad hasta 2004). A lo largo de esta fase, y mucho más intensamente a partir de los años 70, la Huerta fue estudiada sobre todo por su papel protagónico en los sucesos de 1936. El lugar donde Lorca se encontraba cuando estalló la guerra civil ocupó el centro del escenario de la tragedia. Tal protagonismo modeló la percepción colectiva de este espacio durante los años de explosión de los estudios biográficos lorquianos, y guio muchas de las actuaciones públicas encaminadas a su protección patrimonial. Fueron los años de la transformación de la Huerta de San Vicente en *lugar de memoria*, según el concepto acuñado por Pierre Nora.

La segunda fase, *memorialística*, dio comienzo con la apertura al público de la casa-museo en 1995, y se ha centrado en explorar aspectos relacionados con la vida cotidiana de sus moradores. Además de toda la información generada por la propia casa-museo, hitos de esta fase serían el *Epistolario completo* de Federico García Lorca, editado en 1997 por Andrew A. Anderson y Christopher Maurer, una monografía de Antonina Rodrigo del mismo año y un conjunto de textos memorialísticos a cargo de algunas

de las personas que vivieron en la Huerta antes y después de la guerra civil, como Isabel García Lorca (2001), Vicenta Fernández-Montesinos (1998 y 2011), Manuel Fernández-Montesinos (2008) y Bernabé López García (2009), además del epistolario de Vicenta Lorca a su hijo (2008), entre otros.

Mi ensayo viene acompañado de un conjunto de fotografías familiares. Su valor no depende tanto de su calidad formal (aunque muchas de ellas sean espléndidas) como de su capacidad para contener pasado, cargadas como están de información emocional, paisajística, histórica, sociológica. Las fotografías familiares contienen una suerte de mirada autobiográfica del espacio en que fueron tomadas. Extraídas de la intimidad del álbum, nos permiten asomarnos a un tiempo casi desconocido de la vida de la Huerta de San Vicente, la larga posguerra. A ellas se suman otras miradas, puntos de vista externos a la Huerta y sus gentes, como la serie realizada por Eduardo Blanco Amor en 1935, o las fotografías de Ian Gibson (1966) y Pepe Garrido (1980), que documentan, respectivamente, la relación traumática del paisaje de la Vega con el desarrollo urbanístico de la ciudad y la primera visita de Rafael Alberti.

Las fotografías son, por un lado, documentos, y en tanto que tales me han servido para confirmar o desmentir algunos datos proporcionados por la memoria de los habitantes de la Huerta, además de establecer valiosas precisiones a propósito de determinados aspectos de la vida cotidiana, el paisaje, la arquitectura, el mobiliario, etcétera. En este sentido, el hallazgo de fotografías inéditas del periodo 1926-1939, las cuales pudieron verse por primera vez en la exposición *Álbum. Una historia visual de la Huerta de San Vicente*, además de aportarme nueva información, me permitió arrojar luz sobre aquellas otras fotos cuya lectura creía cerrada; pude, pues, fechar correctamente un buen número de instantáneas, algunas incluso muy conocidas, que hasta ahora venían publicándose con dataciones erróneas. Casi todas ellas están reproducidas aquí.

Pero las fotografías son mucho más que documentos. Pese a que siga siendo popular la vieja idea de que captan la realidad tal cual es (a modo de «calco fiel de aquel instante del que se necesite una auténtica acta», en palabras de Alfonso Sánchez Portela, *Alfonso*, fotógrafo coetáneo de Lorca), sé, al menos desde Susan Sontag, que las fotografías no reflejan el mundo, sino

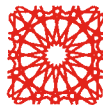
que lo interpretan. Más que espejo de la realidad, son su huella problemática. Dicen siempre mucho más de lo que aparentan decir. El proceso comienza antes de que el fotógrafo apriete el disparador, con sus decisiones sobre lo que quiere mostrar o esconder, y termina después, en el acto de contemplación y análisis de la imagen. Sucede a veces que las historias escondidas en las fotografías, su trama oculta, afloran en la memoria de los protagonistas durante el acto de contemplación, y enriquecen y vuelven complejo lo que parecía mostrarse de forma simple en la superficie de la imagen, como pude comprobar emocionantemente en mis conversaciones con los miembros de las familias García Lorca (en especial con Laura García-Lorca de los Ríos, cuyo apoyo a este trabajo, ya desde sus inicios en el proyecto expositivo *Álbum*, ha sido constante y decisivo), Fernández-Montesinos García, De Casas Fernández-Montesinos, López García, Correal Delgado (gracias, Francisco), Guerrero Salinas y Correal Trescastro. Sus nombres figuran en el catálogo de la exposición origen de este libro. Les doy a todos ellos las gracias por haberme abierto sus pequeños cofres familiares repletos de documentos y memoria, de historia e historias. También a los propietarios y autores de las fotografías que han autorizado su reproducción, así como a todas las personas que de una manera u otra, aportando datos, leyendo y corrigiendo el texto, dando consejos o alentándome con su amistad, me han ayudado. Sin su generosidad esta *caja de alegría* no hubiera podido hacerse.

En 1925 la familia García Lorca compró una casa de campo de paredes blancas, con jardín, huerto y casi dos hectáreas de tierra bañada por el agua de las acequias. La llamaron Huerta de San Vicente. Enseguida se convirtió en el refugio que el poeta necesitaba para escribir con tranquilidad. Verano a verano fueron surgiendo de su escritorio decenas de cartas y dibujos y algunas de sus más importantes obras maestras. Lorca se encontraba en la Huerta de San Vicente cuando en julio de 1936 estalló la guerra civil española y allí pasó sus últimas horas de vida en familia antes de ser asesinado.

La caja de alegría es la biografía de un lugar legendario, marcado por su relación con la vida, la obra y la muerte de Federico García Lorca. El relato abarca casi todo el siglo xx, desde la cotidianidad familiar de una casa de verano de la Vega de Granada hasta su progresiva conversión en lugar de memoria y en patrimonio cultural.

¿Qué obras se escribieron realmente allí y en qué circunstancias? ¿Qué sucedió con los García Lorca durante los años de la guerra? ¿Quiénes eran y cómo vivían los guardeses, las sucesivas familias contratadas para cuidar de la casa? ¿En qué clase de silencio se abismó la Huerta durante el primer franquismo y qué papel ejercieron en su protección los primeros hispanistas extranjeros que acudieron a visitarla? ¿Cómo se salvó del derribo y qué vicisitudes tuvo que sortear hasta su protección definitiva en forma de museo?

Vidas, espacios y paisajes son los protagonistas de esta investigación rigurosa, llena de información desconocida hasta la fecha. Jesús Ortega ha escrito un ensayo apasionante que se lee como una novela.



COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-015-5



9 788413 690155